

VASIMODO



Buenos Aires, Abril 4 de 1921

Briand: Renegado, Rompehuelgas y Premier
de Francia.
El Nuevo Renacimiento, por Quelch.
Una interview con Anatole France.
Lugonerías, por Nemesio Canales.
Problemas de la cultura argentina, por Julio
R. Barcos.

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: JULIO R. BARCOS y NEMESIO CANALES

Dirección y Administración: CANGALLO 3047

Precio de suscripción: \$ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos

NUESTRA SEGUNDA SALIDA

En esta segunda salida de nuestro «Cuasimodo» es triste pero cierto que hemos perdido considerablemente en volumen y en elegancia de presentación. Antes ¡ay! teníamos cien páginas, papel satinado y otros atractivos de cara bonita de que hoy carecemos, reducidos como hemos quedado a la humilde categoría de revista decenal, de diez y seis páginas. No importa. Lo principal era salir, y hemos salido. ¿Que hemos salido más pobres de indumentaria? Sí; pero en nuestro campo eso de la indumentaria no significa nada, y en cambio significa mucho el que de «mensual» nos hayamos vuelto «decenal». Además, el poder decir «aquí estamos de nuevo» cuando son tantos los milagros que hay que hacer sólo para surgir en el momento mismo en que caen, derribados por asfixia económica, órganos tan antiguos y afamados como la revista «España» y otras, es de por sí motivo suficiente para no estar descontentos de nuestra suerte. Es de sobra sabido que el periódico en los días que corren vive por y para los avisos. Periódicos sin avisos es periódico tísico, condenado a morir de muerte fulminante, o a arrastrar indefinidamente una gris y penosa existencia. Y no es sólo entre nosotros los españoles e hispano-americanos de clásica cicatería para las letras, que esto sucede. Ahora mismo leemos en la gran revista «Pearson's Magazine», de que es director el celebrado escritor irlandés Frank Harris, de fama mundial, que si no acuden pronto en su socorro los simpatizadores con que cuenta en Estados Unidos, su muerte es segura para dentro de unos días. ¿Y sabéis cuántos ejemplares tira Pearson's? Tira sesenta mil. Ya véis como no es cosa de freír y comer lo de llegar a la arena periodística en los días que corren con la pretensión descabellada de vivir, no por y para los avisos, sino por y para las ideas. ¿Que cómo nos proponemos realizar tal milagro? Pues muy sencillamente: en lugar de aspirar, como

sería natural, a que «Cuasimodo» nos sostenga, nosotros sostendremos a «Cuasimodo». ¿Cómo, no siendo ricos? ¿Y quién le ha dicho a nadie que no somos ricos? Tenemos la fuente maravillosa de donde salen todos los tesoros de los ricos: tenemos a los pobres. De los centavos del pobre es que se han formado los millones de los ricos, y a los pobres, a los desheredados y oprimidos, iremos a ofrecerles nuestra palabra de conferencistas a cambio de sus centavos para mantenernos a nosotros que a nuestra vez hemos de mantener a «Cuasimodo». ¿No se pasa el pobre dando su moneda a cambio de la droga o el brebaje con que lo envenenan? Pues por flojas e insignificantes que sean nuestras conferencias, siempre el trueque les ha de resultar mejor a los pobres, ya que ayudar al milagro de sostener en pie a «Cuasimodo» es la forma más inteligente y eficaz de ayudarse a sí mismos.

Tan optimistas nos sentimos del resultado de nuestra fórmula, que no sólo afirmamos nuestro propósito de vivir en el momento en que caen tantas revistas, sino que afirmamos también nuestra convicción de que en breve, muy en breve, «Cuasimodo» tendrá, en lugar de las diez y seis miserables páginas con que hoy se presenta, treinta y dos profusamente ilustradas con fotografías y caricaturas, pues sólo en ese número de páginas podremos dar salida al abundante material de información, de doctrina y de crítica con que contamos. Para cumplir este programa no nos basta, sin embargo, la simpatía platónica de los que comulgan con nuestro ideal; es necesario que todo aquel que nos profesa afecto y que nos desee éxito, traduzca su adhesión en forma práctica, esto es, no escatimándonos el concurso «efectivo» que pedimos y esperamos para no perecer.

LOS EDITORES

MUY INTERESANTE

Lea en el próximo número el sustancioso y bello artículo del doctor Saul Taborda, sobre "La reforma georgista", trabajo que por haber llegado fuera de tiempo, no hemos podido publicar en este número.

CRONIQUELLA INTERNACIONAL

Por NEMESIO CANALES

Los sepultureros

La razón social Lloyd George, Briand y Co., sucesora de la Lloyd George, Clemenceau, Wilson y Co., de triste recordación, es la que ahora corre con la administración casi exclusiva de los asuntos del mundo. Y así va ello. No hay Dante que pueda pintar el aspecto que presenta el mundo hoy. Por todas partes un mar de sangre y lágrimas. Antes eran Alemania, Austria y Rusia, las figuras patéticas del gran cuadro trágico. Hoy ya no se sabe dónde mirar. Desde la China hasta Inglaterra y Estados Unidos, todo cuanto se ve es confusión, miseria, odio y desolación. Y mientras todo se desquicia a su alrededor, los magníficos señores Lloyd George y Briand, amos del mundo, continúan impertérritos sus equilibrios de siempre, y enredando hoy lo que desenredaron ayer, se diría que están ciegos, o que una pro-

videncia histórica empeñada en sacar de las ruinas del mundo viejo los materiales de un mundo nuevo les aprieta cada vez más sobre los ojos la venda fatal que les da la ilusión de que aran y remueven en obra de reparación, cuando en realidad cavan y cavan sin cesar su propia fosa. ¿Qué les diría Hamlet a estos sepultureros siniestros que se llaman Lloyd George, Briand, Clemenceau, Venizelos, Wilson?...

El tango de las reparaciones

Las reparaciones!... Y surge una visión de manicomio. Unos hombres empeñados en que otro prójimo a quien acaban de desvalijar, dejándole en los cueros vivos, les llene de oro los bolsillos. Este es el pleito entre los aliados y Alemania. Hace poco, no hace aún tres meses, los grandes periódicos ingleses, americanos y franceses llenaban sus co-

lumnas de alarmantes juicios, lamentos y vaticinios acerca del peligro que representaba para sus mercados el renacimiento del comercio de exportación de Alemania. Hay que impedir — decían, — que Alemania se convierta en competidora nuestra ¡pues no faltaba más! Pues bien, ahora se exige de Alemania que aumente sus exportaciones en una escala colosal, para que pueda pagar a los aliados con los beneficios de esas mismas exportaciones. Si exporta, malo, porque arruina el comercio exterior de sus competidoras, pero si no exporta... malo también, porque no habrá de dónde cobrar.

Sabido es, por otra parte, que sin materia prima no hay producción industrial posible, y sin ésta no hay forma de cobrar. Pues bien, cuando Alemania pide que le suministren materia prima para poner en marcha sus industrias, se le responde que no hay de qué, porque nadie quiere su moneda, — que hoy no vale nada, — ni nadie le abre créditos a un quebrado. Pero no bien se le ha negado la materia prima, se le presenta la cuenta, una cuenta de reparaciones que llega a la luna, y se le ordena, apuntándole con Foch, el pago inmediato de un sin fin de millones. — Pero, si no tengo dinero, clama Alemania. — Si tiene, — rugen los aliados; — y si no tiene, hágalo: trabaje, ponga a andar sus industrias. — Pero qué industrias, si no me dan ustedes materia prima, y encima me han dejado sin carbón, ni barcos, ni colonias, ni clientes? — Si tiene, si tiene; pague usted, pague usted, pague usted; — vociferan los aliados. Y se mareja uno viendo cómo estos hombres dan vueltas y más vueltas en el mismo círculo vicioso.

El lío turco - griego

El embrollo oriental es otra de las piezas sainetes más notables entre las que con tanto éxito vienen representando los fecundos estadistas aliados. Primero se festejó a Grecia de tal modo que parecía la niña bonita de la casa. Con esa escrupulosidad de los viejos zorros de la diplomacia cuando se trata de disponer de lo ajeno, se le adjudicaron territorios y más territorios arrancados bonitamente a Turquía, y se le dieron municiones y dinero, y bien provista de todo lo necesario se le lanzó a la conquista de su vecina, la odiada Turquía, que era preciso borrar del mapa en nombre de nuestra civilización cristiana (detrás de la cual invocación siempre se vislumbra el piadoso deseo de rescatar los lugares santos, entendiéndose por lugares santos aquellos en que hay una mina de petróleo, línea ferroviaria o alguna que otra cosilla donde hincar cristianamente el diente). Pero se le ocurre a los griegos la idea de tomar en serio el manoseado principio democrático de votarse el gobierno más de su agrado... y votan ¡horror! por el rey Constantino. — No queremos ese rey — gritaron los aliados. — ¿No? Pues nosotros sí, y como, según la democracia que ustedes proclamaron a voz en cuello, somos nosotros, y no ustedes los que tenemos derecho a decidir... ¡aquí tenéis a Constantino! Templaron las esferas. Se atufaron los gerentes de la sociedad «Liga de Naciones» (sucursal de la Lloyd George, Briand y Co.), y la pobre Grecia pasó en un santiamén de la condición de niña bonita y mimada a la de apastada. Moraleja: todo pueblo tiene derecho a elegir sus propios gobernantes, previa consulta con — y beneplácito de — los supradichos gerentes del negocio internacional.

Los últimos fueron los primeros

Y de Turquía ¿qué? Pues que ¡oh milagro! ya no representa su existencia en Europa un baldón para la civilización cristiana, ya no es la única nación entre los enemigos de la última guerra que había que eliminar sin contemplaciones del suelo de Europa; ahora es ella la única entre las que terciaron a favor de Alemania cuyos representantes son invitados a París y Londres para consultarles y complacerles. Pero... ¿qué ha pasado para que se produzca tal cambio? ¿por qué ha de ser Turquía la infiel, la anticristiana e incivilizada, mejor tratada que las otras cristianas y civilizadas?

¿Por qué?... Pues muy sencillo; porque al paso que las demás naciones vencidas rindieron las armas y se pusieron a merced de los catorce puntos, Turquía siguió pelean-

do, y mientras los desinteresados estadistas aliados se repartían en el papel su territorio (y hasta comenzaban ya a pelearse entre sí por las tajadas), un turco de malas pulgas se dejaba de chiquitas y metía mano irreverentemente a los soldados franceses e ingleses. Y para colmo de maldad, este mismo turco, Mustafá Kemal, se puso al habla con los bolcheviques y negoció con ellos Dios sabe qué siniestros pactos con la mira criminal de defender su solar nativo contra las piadosas depredaciones cristianas. Y ahí está la clave del enigma. Mientras las naciones que rindieron las armas confiadas en los catorce puntos están recibiendo ahora catorce patadas, la única que no tragó lo de los catorce puntos y siguió matando franceses e ingleses es la que ahora se sienta a la mesa con sus enemigos de ayer. Moraleja otra vez: si tiene usted algo que tratar con los representantes augustos de las grandes potencias, campeones de esta civilización cristiana y democrática, y tiene la precaución de proveerse de muchas y buenas municiones en lugar de muchas y buenas razones, no lo dude usted: será debidamente oído y se le hará justicia. Pero ¡ay de usted si se le ocurre echar razones en el saco de las municiones!...

La inspiración de Sir Charles

A propósito de las reparaciones, tiene gracia lo que dice una nota del Daily Herald, de Londres:

«Es divertido verles cada vez más aturrullados con el problema de las indemnizaciones. La última inspiración genial es la que ha visitado el cerebro de Sir Charles Hobhouse, jefe de Correos que fué en el gabinete de Mr. Asquith. Es notorio que Alemania no puede pagar en oro. Es igualmente notorio que este país no desea artículos alemanes. Por consiguiente, — dice Sir Charles, — insistamos en que Alemania, en lugar de una indemnización, nos de entrada libre para nuestros productos dentro de su territorio. Y así obtendremos ventajas positivas para el comercio británico».

«Muy bien (sigue diciendo el Herald). Pero... un momento, Sir Charles. ¿Cómo va Alemania a pagar nuestros artículos así importados? — Es notorio, — dice usted, — que Alemania no puede pagar en oro. Es igualmente notorio que nuestro país no quiere los artículos alemanes... De manera que — si lo que dice usted es cierto, — no podemos permitirle que nos pague. Debemos hacerle tomar nuestros artículos y prohibirle que nos envíe nada a cambio de ellos. A la verdad lo que, según parece, tenemos que hacer es empeñarnos en que sea ella, Alemania, la que reciba una indemnización de nosotros. ¡En qué graciosos líos y callejones sin salida se meten estos estadistas nuestros cuando les da por tratar de pensar algo!»

Mostrando las cartas

Recordará usted, lector, que los gobiernos de las grandes potencias, y en especial el de Estados Unidos, se venían negando a tratar con el Gobierno Soviét, sólo por razones de moral demócrata. «No queremos, — decían, — entendernos con un gobierno que no es la verdadera representación del pueblo ruso».

Pues bien, ahora sale Mr. Hughes, secretario de Estado en Estados Unidos y lo echa todo a rodar con la indiscreta declaración que acaba de hacer. Según él, es imposible consentir en las relaciones comerciales que solicita Rusia «por que allí, en Rusia, no se respeta el principio de la propiedad privada, ni la libertad de contratación». Quiere decir que... ya salió aquello. No es por falta de democracia, sino por sobra de ella, que los gobiernos éstos le hacen la cruz a Lenin. Mucho que les importa a ellos la tal democracia! Que gobierne el czar, que gobierne Juan Vicente Gómez o que gobierne el diablo. Pero... eso sí, que no se atreva nadie a meterse con el sagrado principio de la propiedad individual y de la libertad de contratación (o degollación) que hace de los más carne del festín de los menos, porque no lo consentiremos ni aunque para evitarlo tengamos que derramar la última gota de sangre (del prójimo). Pero este Mr. Hughes no tiene perdón de Dios! Salir con eso ahora, cuando ya la coplita democrática se la tenían tan bien aprendida los periódicos barrigones de todo

el mundo. ¡Qué ingenuidad de niña de primera comunión la de este honrado yanqui, que comulga todavía en la ventura y ventrada iglesia individualista de Adam Smith!

Ayer maravilla fui...

Un mulo había caído en un pantano y no podía salir. Pasó un caminante bondadoso y lo sacó. El mujo le dio seguidamente dos patadas a su salvador.

¿Que a qué viene este cuento? Pues viene a propósito de las vicisitudes por que está pasando Wrangel. Véase un cable de hoy: «Paris, Marzo 25 (United). — «Le Journal» publica una carta del general Pelle, dirigida al general Wrangel, informando a este último que Francia no está en condiciones de seguir sosteniendo su ejército y que los 45.000 refugiados tienen tres alternativas: emigrar al Brasil, o al Perú, o asegurarse la vida por sí mismos».

Pobrecito Wrangel. Buenas alternativas las que le ofrecen después de lo que hizo por sus aliados los imperialistas antibolcheviques. Emigrar adonde se le antoje, o ganarse la vida por sí mismo, que es igual que mandar a freír espárragos, porque lo de emigrar o ganarse la vida (si se puede, y si no se puede, reventar), es privilegio de que gozo yo, sin ser un general ni haberme comido jamás a ningún bolchevique.

¿Lo que va de ayer a hoy! «Ayer maravilla fui»; maravilla, sí, aclamada por todos los grandes (o gordos) diarios brutócratas, que le designaban como el gran exterminador de Lenines, y reconocido por el Gobierno francés como el jefe supremo de todas las Rusias. Pero viene la de malas... y a la porra con él y con los cuarenta y tantos mil infelices que aún le siguen. Y es natural. El mulo del capitalismo no profesa otra filosofía que el utilitarismo y no hay que pedirle peras al olmo. Mientras deriva, o espera derivar, provecho de usted, — bien en calidad de matabolcheviques, o bien en calidad de simple obrero de taller, — muy requetebien; pero apenas dió usted todo su jugo y quedó inútil... váyase usted al... Perú, o al Brasil, o péguese usted un tiro.

Dos clases de desocupados, — Una que revienta de harta y otra que revienta de hambre.

¡Dios mío, cómo crece la ola de los desocupados en Inglaterra! No hace un mes el ejército de hombres y mujeres que no tienen ni siquiera el derecho de vender sus brazos por un jornal que les asegure la mera subsistencia, ascendía a un millón y medio. Y eso que en estas materias que *desdicen* del buen gobierno de las grandes naciones, el cable tiene siempre el cuidado de no decir toda la verdad. Pero... consolaos almas sensibles, que no todo es miseria y dolor en el mundo. Ved si no lo que nos dice un correspondiente de un periódico inglés a propósito de las fiestas de Carnaval en Niza. «Es imposible describir el derroche, la fastuosidad babilónica de estas fiestas. Para tener idea de lo que cuesta una semana en Niza durante esta temporada de moda para el mundo elegante, basta saber que un inglés

rico está pagando 500 francos, o 10 libras diarias, por su habitación en el hotel, y se me dice que este caso no tiene nada de excepcional aquí. El precio de un modestísimo cuarto con pensión en el Promenade des Anglais, es 200 francos, o 4 libras por día. Un francés me ha asegurado que no se había visto aquí nunca una magnificencia como la de esta estación. Lo más curioso es que el dinero inglés es el que predomina: corre como el agua por toda esta costa».

¿Qué tal? ¿Qué importa que haya millones de trabajadores ingleses sin pan ni albergue, si un puñadito de grandes señores — también ingleses y también *desocupados* — hace correr su oro como agua por las calles de Niza y se divierte de lo lindo? ¡Bendito régimen cuya equidad admirable condena al hambre y a la desnudez y a la desesperación al ejército inmenso de sus desocupados *involuntarios*, en tanto que al grupo de sus desocupados *voluntarios* le permite vivir en perenne y grosera orgía de fatuidad!

Costa Rica y Panamá

De que la Liga de las Naciones está triunfando en su magnánima labor de pacificación universal, ninguna prueba mejor que la que nos ofrecen Panamá y Costa Rica. Estos dos pueblos se han distinguido siempre por sus hábitos de paz: ninguno de los dos tiene ni siquiera eso que no le falta nunca a ninguna de nuestras repúblicas hispanoamericanas: un buen ejército de más coroneles y generales que soldados. No tendremos escuelas ni hospitales, pero, eso sí, soldados no nos faltan nunca. Bastó, sin embargo, que los dos buenos y mansos vecinos — Costa Rica y Panamá — se hicieran miembros de la Liga de Naciones, para que un humo bélico les trastornara la cabeza y les empujara a entrar a golpes. No; hay que hacerle justicia a la Liga: allí donde ella pone la mano, no tarda en florecer... una de pendencias, gatuperios y cataclismos, que no hay más que pedir. Y pensar que hay todavía maldicientes por ahí que consideran a la Liga como el chiste más monumental que han visto los siglos.

¿Y por qué pelean, después de todo, Costa Rica y Panamá? Por lo de siempre: por asunto de tierras. Precisamente por lo que tienen de sobra. Precisamente por lo que constituye el mal básico de ambos pueblos: el exceso de territorio en contraste con lo exiguo de su población. Cuando debieran estar buscando quién se apiadara de ellos y les librara de una buena porción de esa tierra que no pueden labrar ni poblar, y que, por consiguiente, tiene que ser en vez de un bien, una carga... ya lo véis: salen a pelearse hasta morir por unos metros de más o de menos.

Nosotros los que escribimos esta revista nos sentimos tan vinculados, por un grato y hondo recuerdo, con los panameños y costarricenses, quienes tan hospitalaria e hidalgamente nos trataron siempre, que no podemos ser indiferentes a la suerte que les espera a unos y a otros, si a tiempo no abren los ojos y se dan cuenta de que... mientras la tierra no sea propiedad de todos, sino de unos pocos, debemos dejarles a esos pocos el trabajo de pelearse por ella. ¿No es de ellos todo el jugo? Pues que de ellos sea también todo el honor de defenderlo.

MATILDE RAS

De esta joven pensadora española — quizás la más vigorosa mentalidad femenina en la España de hoy, — hemos recibido un bellissimo trabajo con que iniciamos su colaboración en «Cuasimodo». En carta reciente al señor Canales, decía la señorita Ras de nuestro periódico: «La revista es muy bella; es un eco de las inquietudes del mundo y es una luz en el oscuro sendero. Habla, realizándolas, de las cosas que he amado yo más en la vida». Y más adelante: «Le envío el adjunto cuento inmoral para sus páginas, sin retribución; siempre que pueda mandaré algo, aunque soy, en efecto, una proletaria de la pluma».

PILAR DE LUSARRETA

Esta bella joven argentina, esta niña, pues apenas cuenta veinte años, será también del pequeño pero selecto grupo de nuestros colaboradores. De su claro talento darán testimonio sus trabajos en nuestra revista. Pronto saldrá para Madrid y otras capitales de Europa, y tendremos sus crónicas desde cada uno de los puntos que visite.

No podemos ni queremos disimular el orgullo con que traemos a nuestras páginas estas pruebas tangibles de que eso de la inferioridad mental de la mujer es una estúpida superstición.

Política Educativa

PROBLEMAS DE LA CULTURA ARGENTINA

I

Nacionalismo significa capitalismo

La liberación del hombre de las cadenas materiales y morales que lo atan al régimen esclavista del capitalismo, no podrá obtenerse sino capacitándolo para romper esa doble cadena que lo amarra hoy por el estómago y por el espíritu al mismo tiempo.

No habría podido perpetuarse por tanto tiempo en la democracia de los ricos la servidumbre económica de los pobres, si no se hubiese cuidado muy bien la burguesía de mantenerlos en la barbarie, que es el mejor sistema de mantenerlos en la servidumbre espiritual.

Le hemos conferido al Estado, órgano de la clase privilegiada, la *misión evangélica* de educar las masas que sirven de sostenedoras columnas al templo de esta envidiable democracia plutocrática de que estamos tan orgullosos.

Le hemos dado más todavía: le hemos dado el monopolio absoluto de las conciencias, reconociendo y aceptando, la infalibilidad de toda ciencia oficial. Lo que jamás habríamos hecho en materia religiosa, aceptar el gobierno espiritual de un Papa único, lo hacemos en materia educacional, aceptando la omnisciencia de nuestros amos en materia de filosofía política.

Así, pues, el Estado da la letra y el espíritu de la Ley de Educación. Y la letra y el espíritu de la ley no puede ser otra cosa, en el fondo, sino el pensamiento y el interés de la burguesía que acomoda la vida institucional del país a su gusto y a su conveniencia. Así como ayer al confeccionarse la Constitución Nacional hizo esta su aliada a la iglesia católica, declarándola *única* religión del Estado, (servicio que el clero católico ha pagado con creces a las clases dominadoras de la Argentina, anestesiando con el narcótico de la superstición el alma de nuestro pueblo), así hoy, que se ve amenazada por lo que ella llama la «demagogía», esto que no es sino el proceso psicológico de las transformaciones mentales que se están operando en el mundo a raíz de los acontecimientos biológicos de la Historia, ha declarado artículo de fe, código de honor, verdad infalible el culto del nacionalismo como alma mater de la enseñanza. Y aunque el capitalismo no tiene ni ideal, ni corazón, ni entrañas, ni patria, y constituye una sola, una enorme y homogénea fuerza coaligada a través de todas las fronteras, en los cinco continentes del globo; aunque nada hay más *internacional*, más solidariamente internacionalista que su sistema de dominación universal, he aquí que es él que se empeña en inflamarnos de nacionalismo casi desde la cuna. Pero, es natural: el nacionalismo es hermano del capitalismo, porque el nacio-

nalismo no es otra cosa que el militarismo disfrazado en el nombre y ¿cómo podría organizarse y perpetrarse el banditismo económico del capitalismo internacional, sin la complicidad y la acción del vandalismo militar? Para muestra basta la última horripilante matanza europea perpetrada en nombre de esta bendita democracia y sus famosos resultados: por un lado el piratesco tratado de Versalles y por el otro la evangélica Liga de las Naciones, creada por los banqueros y los mariscales que sustituyeron el militarismo prusiano por el militarismo franco-anglo-italiano.

Afortunadamente, para la humanidad del porvenir, frente a frente de la internacional imperialista del capitalismo, se ha levantado la Internacional Libertaria de los Trabajadores. Y frente a frente de los personajes de cinematógrafo de la guerra europea, aquellos próceres coronados de laureles, los generales y mariscales ingleses, franceses y americanos, del brazo con los líderes del pacifismo que iban a arreglar el mundo para la democracia, los Wilson, los Lloyd George, los Clemenceau, los Viviani, los Sonnino, los Orlando, figuras todas que fueron pasando por la pantalla del gran drama universal y que apenas si los recuerda hoy el público, surgen otras cabezas dirigentes de los nuevos destinos del mundo, cada vez más grandes, cada vez más aureoladas de inmortalidad: Lenin, Trotzky y sus otros no menos geniales compañeros de la Revolución Comunista.

Sobre la pestilente ciénaga del bandidaje nacionalista que ha galoneado, dorado y santificado a tantos bandidos y usureros, ha venido en buenhora el soplo de la Revolución Rusa, más definitiva que la Revolución Francesa, como el fuego sagrado del cielo a purificar la atmósfera de muerte y de canibalismo que se respira hoy lo mismo en las escuelas y las universidades que en los cuarteles. Con la desaparición del capitalismo se va el nacionalismo y con el nacionalismo se van el militarismo y los armamentos, o sea el homicidio colectivo de la guerra. Nace entonces una nueva moralidad humana: nace la solidaridad del hombre con el hombre, de los pueblos con los pueblos y vamos, por fin, hacia la *Unidad del género humano*; esto es, hacia la gran patria sin fronteras del hombre, que es la Tierra, y que en vez de basarse como el nacionalismo en la religión del odio, se basa en el culto del amor que tiene por evangelio el ideal de la fraternidad universal, puesto que todos los seres humanos somos biológicamente miembros de una sola familia, células de un solo cerebro: la Humanidad.

¿En cuál luz de estas dos civilizaciones, una que muere y otra que nace, debe bañar su espíritu el alma de nuestros hijos? ¿Porque seamos nosotros

productos del pasado, hemos de impedir que sean ellos hombres del porvenir?

Ese es el pleito que se está librando con tanto calor y tanta violencia aquí en la República Argentina como en el resto de las naciones que se llaman civilizadas.

II

La obra de los conservadores

La reforma universitaria obtenida por una revolución estudiantil en el país, vale decir, por la *acción innovadora* de los jóvenes en contra de la fosilización rutinaria de los viejos, ha tenido fatalmente que herir al misoneísmo en el corazón. Y el misoneísmo intelectual en la Argentina está representado por los nueve décimos de la intelectualidad argentina. Sobre todo en materia educacional nos encuentra el nuevo orden de cosas anquilosados en sistemas enmohecidos a fuer de rutinarios y retrógrados. En instrucción primaria no tenemos sino lo que nos dejó Sarmiento, una mala parodia de lo que tenía Norte América entonces; en la secundaria lo que nos trajo Amadeo Jacques, un mal calco del Liceo francés, fundado por los jesuitas en tiempos de Napoleón, y en la universitaria la que nos trajo España antes de la independencia, con todo el moho de las ideas teológicas que tenían entonces y siguen teniendo ahora las universidades españolas.

Con tales instrumentos de cultura no podía la Argentina haber recogido otro fruto que los más estériles resultados sociales. No solamente no ha cumplido nunca el gobierno argentino con el deber de llevar el alfabeto a todos los niños del país, sino que ha educado a la juventud para el parasitismo y ha hecho de los estudios profesionales un privilegio de las minorías. Por cada *doctor* que gradúan nuestras universidades, quedan unos 40.000 niños que no pueden pasar de la escuela primaria. No hablemos de los 800.000 que deja el Estado en el Limbo de la más absoluta barbarie.

Pero aún a los que educa, los educa mal, de tal modo que no sería fácil precisar cuáles son más funestos al progreso nacional, si los analfabetos que no salen nunca de la masa obscura del proletariado, pero que al fin y al cabo son productores, o los semi-alfabetos que engrosan las filas parasitarias de la política, el periodismo, la burocracia y el picarismo en sus mil formas de vida.

He aquí, en rigor de justicia, el lote de honor que corresponde a los vociferadores enemigos de la reforma universitaria que se ha operado en el país, y a la cual difaman día a día. ¡Eso es lo de ellos!

III

La obra de la reforma universitaria

Los muchachos han roto los vidrios empañados por el polvo de los muertos y las telarañas del obscurantismo de nuestra arcaica universidad. Es verdad que es una irreverencia violar los sarcófagos donde yacen embalsamados los restos de nuestros anteceso-

res. Pero también es verdad que no se puede alimentar a los vivos con el polvo de los muertos. ¿Porque, reflexionemos un poco, qué son las tradiciones, sino la secreción mental de los difuntos? ¿Es posible que pueblos jóvenes como el nuestro, por jóvenes aptos para recibir el baño lustral de las más nuevas luces del siglo, vivan al margen de una cultura embalsamada por nuestras adormideras intelectuales y transmitidas automáticamente de generación en generación por la docencia autoritaria de hombres eruditos pero retrógrados?

No, por cierto. Urgía librar al país de estas muletas educacionales que retardaban el desarrollo de su evolución social.

¿Se habría logrado despertar de su inercia, sacar de su anquilosamiento espiritual a nuestras universidades, por obra y gracia de la acción de nuestros sabios y perinclitos académicos? Todo el mundo sabe que no, que esos caballeros nunca han aportado nada, no han *creado* nada en la materia, siempre han vivido del capital acumulado por sus antecesores. Se necesitaba de un fuerte sacudimiento que rompiera los empolvados vidrios para que entrara la luz y el oxígeno del moderno espíritu, que echasen abajo las feudales puertas de bronce para que entrara en ellas el torrente popular que reclama su parte de ciencia acumulada por la élite de los doctores que la han convertido en privilegio.

La obra de esta revolución estudiantil no puede estudiarse todavía como una obra constructiva. Ellos han demolido los muros de un sistema medioeval de enseñanza. Era indispensable empezar por ahí. Ahora, después de dos años, es cuando se comienzan a organizar las bases de la reforma pedagógico-social que ha de terminar por adaptar científicamente toda la instrucción pública, empezando por los pies que es la enseñanza primaria y terminando por la cabeza que es la universitaria, a los cambios de la vida social moderna.

¿Qué han aportado en realidad los renovadores al adelanto educacional? Simplemente ciertas formas de gobierno escolar que aquí tenían que resultar muy *revolucionarias* por lo mismo que las nuestras eran muy *retardatorias*, pero que son conquistas realizadas ya en otros países.

Dos son las conquistas hechas por los estudiantes. Su intervención y control en el régimen interno universitario, con lo cual han echado abajo el dogma del *magister dixit*, que es el dogma de la obediencia mental y material; y el haber dado paso al estudio de los problemas sociales de la época, demostrando práctica, experimentalmente, a sus dogmáticos profesores que los cambios políticos, intelectuales y morales que se operan en el mundo son cuestiones conectadas íntimamente con la educación de la juventud.

Hasta antes de esta innovación en el régimen universitario, que tanto ha dado que hablar a la prensa reaccionaria del capitalismo, el patriotismo, el clericalismo y el liberalismo, nadie, ninguno de nuestros pontífices sobrecargados de prosopopeyas había querido contemplar el problema de la educación desde el campo sociológico, sólo lo miraban a través de la pedagogía oficial.

Solamente un grupo de maestros agitamos des-

de la extinta Liga Nacional de Maestros el problema bajo este aspecto. Pero el magisterio primario no era menos retrógrado aunque sí mucho más servil que el secundario y el universitario. Las primeras luchas sindicales del magisterio terminaron en deserciones vergonzosas. Los «apóstoles» de la instrucción primaria se llevaron en las primeras pruebas de solidaridad gremial la mano al estómago y no se les ha vuelto a ver hasta la fecha en el campo del honor profesional. Sólo en las provincias de Mendoza y Santa Fe parece que renace el espíritu combativo de asociación.

Pero si los maestros argentinos, que en estos días acaban de ser llevados de las orejas por el doctor Gallardo, ilustre zoólogo que preside el Consejo Nacional de Educación, a jurar por la bandera que serán buenos patriotas, no han dejado bien parado el prestigio del gremio, en cambio sus discípulos los han venido a librar de la deshonra, pleagándose a la reforma universitaria desde las escuelas normales y los colegios nacionales, comerciales

e industriales y actualmente confederados en casi toda la República.

Es sorprendente y consolador el cambio que se ha operado en estos últimos cinco años en el espíritu de la juventud argentina. Sólo hace diez años que los estudiantes universitarios asaltaban locales gremiales y quemaban los diarios obreros en nombre de ese mismo patriotismo mazorquero con que los apóstoles del capitalismo han organizado la actual Liga Patriótica.

Actualmente los estudiantes están provistos de una formidable escoba para barrer a los profesores reaccionarios que ostensible o solapadamente son enemigos de la reforma.

Los que a *soto voce* reclaman el uso de la violencia material para contener este incoercible movimiento espiritual de la colmena estudiantil, no saben que con tal crimen abrirían la caja de Pandora de otras más terribles calamidades para la suerte moral y material del país.

JULIO R. BARCÓS

EL VOTO PROFESIONAL

Impuesto por el Consejo Nacional de Educación a todos los maestros de su dependencia al iniciarse el curso escolar:

Por la bandera de la patria: ¿Prometéis conservar para la niñez argentina la dignidad y la entereza de carácter: guardar y venerar el tesoro de la historia patria; su tradición gloriosa, sus símbolos benditos, su espíritu democrático y humanitario; cuidar que nadie sea osado en profanar, ni aún con el pensamiento, los fueros de la nacionalidad?

¿Prometéis amar a vuestros educandos, guiarlos por la senda de la virtud, enseñarles la verdad y la

justicia, orientarlos en la vida del trabajo, de la libertad y del orden, servir al país y a sus instituciones prescindiendo de todo interés personal, con honor, con lealtad, con abnegación, con valor y constituirlos en ejemplo viviente de vuestros discípulos?

Si así lo hicierais, que la sombra de nuestros mayores, y esta bandera os protejan, y si no, que estos niños os lo demanden.

EL VOTO PATRIOTICO

Impuesto por el alto magisterio argentino a los jefes de enseñanza:

Por el bien de la patria: prometemos no aceptar cargos directivos de la instrucción pública, para los cuales no estemos técnicamente preparados, pues juzgamos que tal actitud implicaría, además de una flagrante *inmoralidad* para quien la asumiera, una *usurpación* a los educadores profesionales que mejores servicios tienen prestados a la cultura nacional, y al mismo tiempo una *traición a la patria*, a la cual defraudaríamos en sus más vitales intereses si nos sumáramos al número de los políticos funestos que desde hace cincuenta años vienen fracasando criminalmente en el desgobierno de la enseñanza; no hipotecar en nombre de las creencias moribundas del pasado los ideales vivos y dinámicos del porvenir; no ejercer sobre la conciencia de la juventud ninguna *coacción mental* bajo la forma de dogmas oficiales o disciplinas autoritarias que tiendan a convertirla en instrumento de servi-

dumbre y opresión, pues asesinar en el alma de la juventud el sentimiento incoercible de la libertad y la justicia sería infinitamente más alevoso que destruir el del pudor y la virtud en el corazón de nuestros hijos; respetar, bajo todo concepto al niño, no saqueando su capital psíquico so pretexto de educarlo, esto es, cambiándole las virtudes cardinales del carácter por los falsos avalorios del conocimiento, pues tenemos la suficiente alteza de espíritu para distinguir que no es la misma la luz de crepúsculo que besa el rostro de los que bajamos la pendiente de la vida y la que quiebra sus destellos aurales en la frente de las nuevas generaciones que van trepando hacia la cumbre: con nosotros tramonía la luz de una civilización que se liquida y en la frente de nuestros hijos reverbera la de una nueva civilización que nace; respetar al maestro de nuestros hijos, no poniendo sobre su conciencia la

librea del lacayo ni sobre su cuello el dogal del hambre, no haciéndolo materialmente mendigo para apellidarlo retóricamente *apóstol*, porque sabemos que no es posible que el esclavo forje espíritus independientes ni que el hambre sea buen profesor de idealismo, pues sólo en la escuela del amor y de la libertad se educa para la libertad y el amor. Prometemos abolir el régimen de los favoritismos en el sistema de la degradación de los educadores, y por tanto de la degradación de los educandos, y en consecuencia del encanallamiento general de la República; entregar al magisterio argentino y a los padres de familia la dirección y administración de las escuelas y colegios, porque los primeros son los únicos técnicamente preparados para ese oficio y los segundos los únicos realmente interesados en tutelar el más sagrado de sus intereses, cual es la educación de sus propios hijos, pues reconocemos que mientras no cambiemos el sistema dictatorial de administración de las escuelas que tenemos, por un sistema dinámicamente popular que reintegre las casas de educación al resto del organismo colectivo, no habremos fundado la redentora escuela del trabajo que

llene el país de productores aboliendo la escuela enciclopédica que ha llenado la sociedad argentina de escribas y levitas, burócratas y parásitos. Prometemos trabajar mientras tanto por librar al país (que goza de la fama de rico en el exterior), de la vergüenza del hambre de sus maestros y la pobreza franciscana de sus escuelas, construyendo edificios escolares sanos y adecuados que reemplacen las casas criminales donde a trueque de instruir se destruye hoy la salud de los niños; declararle la guerra santa al analfabetismo que divide la población nacional en dos civilizaciones, una del siglo XIX y otra del siglo XIII, procurando llevar el alfabeto a los 800.000 niños que se quedan sin recibir ninguna instrucción y dándoles ocupación a los siete u ocho mil maestros que han sido condenados por el gobierno a la inopia después de haber dedicado su juventud a la adquisición de un título que no les sirve para nada.

Y si así no lo hiciéramos, el pueblo soberano que paga para ser bien servido, nos saque de las orejas de nuestros puestos.

NUESTROS COLABORADORES

LA PARÁBOLA DE LOS DOS RICOS

Sucedió que dos ricos murieron en el mismo día, y comparecieron ante la Suprema Justicia.

El uno había sido un varón ascético y sombrío como un sayal de fraile; el otro, ostentoso y ligero, agitado por el huracán de la vida, como un girón de púrpura recamado de oro, que el viento sacude en un mástil abandonado.

El virtuoso enumeró sus méritos:

—He aumentado el caudal que me legó mi padre. He vivido frugalmente, hasta el punto de talar los cerezos de mi huerto porque los pájaros venían a picotear las cerezas, y preferí privarme de la fruta a consentir aquel desmán. No he blasfemado; no he dado nunca escándalo, ni me divertí, ni dejé divertirse a nadie cerca de mí. He acudido siempre el primero al templo. He sido prudente, reservado, temeroso de la Justicia divina, sobrio, económico y previsor.

Y el Juez preguntó:

—¿Has amparado a los miserables? ¿Has perdonado a tus enemigos?

El Virtuoso respondió:

—Cada sábado he repartido la limosna, modesta, para no fomentar vicios ni malgastar mi hacienda, que al morir dejé entera a los sacerdotes, con el fin de que orasen por mí. Cuanto a mis enemigos, me puse en situación de no tenerlos. Y perdoné a los que ofendieron a mi prójimo, para ser, a mi vez, perdonado en este día.

En una noche de invierno murió un vecino mío, dejando en el desamparo a una hija, doncella y her-

mosa. Atribulada, llamó a mi puerta y solicitó con lágrimas mi hospitalidad. Pero temiendo que su tierna hermosura fuese lazo del Malo tendido a mi virtud, cerré bruscamente mi puerta, y la oí alejarse sollozando, en las tinieblas, bajo los remolinos de nieve... ¡Tan grande fué, en toda ocasión, mi horror al Pecado!

* * *

El Virtuoso calló, y el Pródigo se adelantó a hablar. Tenía el rostro velado por ardiente rubor y las lágrimas corrían de sus ojos como los raudales de lluvia de una nube de tempestad.

Y dijo así:

—He llamado descalzo a los augustos umbrales, porque la inmensa fortuna de mi padre no ha alcanzado para unas toscas sandalias al final del camino de la vida: el comienzo lo hollé con sandalias recamadas de perlas. Mis noches, iluminadas por la antorcha de báquicos festines, podrían narrar el cuento maravilloso de mis orgías... ¡Cuánto amé a las mujeres, oh Dios de las misericordias! Mis brazos fueron su refugio y su perdición... Buena parte de mi desbordado caudal fué también a parar a los amigos: mis opulentas arcas estuvieron siempre abiertas para ellos. Canté el sol con el júbilo de la alondra; apuré los goces; fui el deseo, la inmoderación, la inquietud, la rebeldía, el arrojito temerario. Tarde ya, miserable y moribundo, el arrepentimiento mordió mi corazón, mansión impura, que no supe preparar para vuestra llegada...

Calló de emoción.

El Virtuoso esperaba la sentencia frío y digno, con mucho desprecio hacia el Pródigo.

* * *

La voz que dispone de los seres, se dejó oír entonces así:

—Tú que entrabas el primero en el templo, y te indignabas contra las aves que picoteaban tus cecezas, y perdonabas a tu prójimo con previsor egoísmo; tú que rechazaste en la noche a la inocencia desvalida; tú que legaste tu aumentada fortuna a los sacerdotes, queriendo que los beneficios del di-

nero llegasen hasta aquí; tú que me temías sin amarme, estéril calculador, más guarismo que hombre... ¡vuelve a la Tierra hasta que aprendas a ser humano! Y tú, alma extraviada, vaso de savia que te derramaste entero sobre el mundo, tú que has mordido los frutos del Bien y del Mal del eterno árbol de la Vida, tú que has invocado en tus lágrimas al Dios de las Misericordias; pon tu pie descalzo de Pródigo en los augustos umbrales! ¡Estatas perdonado!

MATILDE RAS

LOS JOVENES MAESTROS

Dujam Penic

Hay, en los jóvenes artistas modernos, una valiente despreocupación por las normas al par que la aspiración — una aspiración amplia y bella — a la simplicidad.

Cuanto más libre de velos esté lo esencial de toda obra artística, el sentimiento, más pura será ésta. He aquí una hermosa sentencia que parece estar escrita en todos los talleres del arte... La nueva generación ha comprendido al fin que la forma es una mera cuestión de modelado, de color o de palabras que debe estar supeditada siempre al pensamiento del artista.

Entre los escultores Dujam Penic es una de las figuras que más evidencian esa favorable y nobilísima conciencia artística. Sus bajorrelieves tienen la simplicidad de los esquemas geométricos, pero esas líneas, combinadas hábilmente, van formando huesos y músculos animados por expresiones tan ciertas, tan vivas, que parecen cristalizaciones de la vida misma. Viéndoles se piensa en los frisos asirios y caldeos, pero como pasados a través de una influencia griega; su «Espíritu del dolor», sobre todo, tiene la misma augusta, serena tristeza, sin gestos violentos ni actitudes forzadas que las estelas funerarias de Atica... Un hombre y una mujer que se dan la mano, íntima, silenciosamente angustiados...

Otro de sus relieves, «Soldado moribundo», revela esa misma tendencia; aquí las figuras son más vivas, más humanas; el soldado, rígido ya, con las facciones desencajadas agoniza en brazos de una anciana, mientras el padre, los hermanos le rodean indecisos entre la oración o la blasfemia. Toda la desesperación de la impotencia para arrancar de la muerte al ser querido está exactamente copiada en esos rostros contraídos, surcados de dolor... sólo

la madre resignada, sin el egoísmo de la desesperación, se inclina sobre la frente del moribundo.

* * *

Hay una gran fuerza emotiva en esos relieves; el artista ha puesto en ellos todo su espíritu eslavo, un espíritu un poco infantil en la interpretación de las cosas, pero al mismo tiempo concentrado y severo. Esas blancas placas de mármol revelan pensamiento, en su modelado rígido y simple; no son en verdad, bonitas, la belleza no es plástica en ellas, sino indefinida, y quizás por lo mismo de una extraña, poderosa atracción, que depende acaso de la franca y sana sinceridad con que el joven maestro trabaja.

* * *

Dujam Penic, nacido en Dalmacia, cerca de Spalato, fué discípulo del «Rodin balcánico» Ivan Mestrovitz desde los veinte años, trabajando con él, en Roma, en la ejecución del famoso «caballo heroico», de Agram.

Viena, Florencia y París le retuvieron sucesivamente; en esta época fué sin duda cuando el joven maestro eslavo comenzó a encontrar su personalidad a través de las influencias extrañas. Poco después partió para Nueva York en compañía del escultor norteamericano J. Davidson, dándose a conocer en Belgrado en una exposición celebrada en 1913.

Como todos los grandes maestros, Dujam Penic niega en su arte la influencia de los grandes maestros; el Giotto, Miguel Ángel y Rodin, impresionando su sensibilidad, han influido sin duda en la interpretación, pero han dejado intacto el sentimiento que alienta en su obra, ingenuo y primitivo como el de los lejanos artistas anónimos que labraron los muros de los palacios de Persépolis...

PILAR DE LUSARRETA.

NOTAS DE REDACCION

A causa de la falta de espacio, nos ha sido forzoso aplazar para el próximo número algunas secciones de las que con mayor predilección cultivamos en la primera época de nuestra revista. Y mientras no podamos aumentar el número de páginas hasta 36, las secciones saldrán alternadas, a fin de no omitir ninguna de las que consideramos siempre como aspectos de la actualidad, de que es impo-

sible prescindir sin menoscabar el plan informativo que nos proponemos desarrollar.

* * *

Advertimos a nuestros simpatizadores que, a causa de no disponer de espacio, no podemos admitir otra colaboración que la previamente solicitada.

- AQUILATACIONES -

LUGONERÍAS

Maynard Keynes, el famoso economista inglés cuyo libro acerca del Tratado de Versalles causó sensación en todo el mundo por lo sereno e irrefutable de sus conclusiones, acaba de ser ignominiosamente reducido al silencio por el esclarecido poeta argentino señor Lugones, quien, en un largo artículo de «La Nación», del 25 de Marzo, asegura indignado que Alemania puede y debe pagar la enormidad de billones que le exigen los aliados. «Lo que sabemos positivamente es que puede pagar», — exclama el gran bardo. ¿Razones que justifiquen este aserto tan arrogante? Ninguna. A menos que no se tome por tales lo que dice de que, puesto que el gobierno alemán no ha probado su incapacidad para pagar, hay que deducir de ello que sí puede pagar. ¿Cómo sabe el señor Lugones que el gobierno alemán no ha comprobado su insolvencia? Por inspiración divina será, porque por los cables lo que hemos alcanzado los simples mortales a saber es todo lo contrario, esto es, que Alemania se ha desgañado pidiendo que la dejen discutir y analizar el monto de las reparaciones en relación con sus recursos y que los aliados reunidos en Londres no le permitieron ni abrir la boca.

Pero no son ya los alemanes los que juzgan exorbitante la cifra de pago. Son ingleses, escritores ingleses de la talla y competencia de Braisford, los que se han sublevado ante la insensatez de las reparaciones, afirmando con lujo de documentos y cifras que sólo a estadistas mediocres como los que están desgobernando el mundo ahora se les puede ocurrir el contrasentido de sacar riquezas fabulosas de un pueblo cuya terrible penuria no le permite ni siquiera atender al mantenimiento de su población.

Pero no hay que ser un lince en materias económicas para ver esto. ¿No es un hecho notorio que Francia e Inglaterra no han podido pagar a los Estados Unidos ni siquiera los intereses vencidos sobre sus deudas respectivas? ¿No es también un hecho que ni Inglaterra ni Francia pueden cubrir su presupuesto ordinario? Pues si Inglaterra y Francia, a pesar de ser las victoriosas y a pesar de haberse quedado con casi toda la riqueza imperial de Alemania (colonias, carbón, marina mercante, etc.), no tienen dinero y están casi en quiebra, ¿cómo diablos va a tener la vencida Alemania ese río de oro que se le exige?

¡Ah, señor Lugones! ¿Qué triste verle a usted — poeta, y no aliado — atascado aún en esa germanofobia crónica que ya no sienten ni siquiera los ingleses, como no sea el puñado de jingoistas que se valen del histerismo guerrero para seguir un poco más en el Poder! ¿Qué penoso contraste el que hace usted mostrándose inexorable con el pueblo vencido, en el momento mismo en que los más altos espíritus de Francia y de Inglaterra alzan las manos al cielo horrorizados ante lo que ellos, los Anatole France, los

Barbusse, los Keynes y los Braisford y los Bernard Shaw, califican de brutal y sanguinaria política de saqueo y de venganza que está causando la ruina tanto de los vencidos como de los vencedores! No elogie, por Dios, ese Tratado de Versalles, obra de jabalies y gorilas que ha merecido igual execración entre los ingleses, americanos y franceses sensibles a la angustia universal del momento, que entre los mismos alemanes!

* * *

Ibamos a dejar ya al señor Lugones, para pasar a otra cosa, pero no, no podemos pasar, que no todos los días se tropieza uno por ahí espectáculos tan interesantes como el que ofrece un hombre como este, tan encumbrado por la fama, desbordándose y descoyuntándose en un mar de pueriles ingenuidades de leguleyo. Oid, oid, oid: «En cuanto a la responsabilidad de la guerra, he aquí traducido a la letra el artículo... y cita... ¿qué creerán ustedes? Pues lo consignado por los aliados mismos en un artículo del infame Tratado de Versalles. Puesto que ese tratado lo subscribió Alemania — arguye la sibila, — he ahí confesada la culpa por la boca misma del culpable. ¡Qué bonito! ¿eh? Y temeroso de que le repliquen, como es natural, que el tratado fué impuesto a punta de bayoneta, adopta la actitud heroica y echa en cara a los vencidos el no haber seguido peleando aún después de aniquilados hasta que no quedara ni un solo varón sujeto a la ignominia de firmar por coacción. ¡Qué bonito, otra vez! ¿eh, señor Lugones? ¡Qué bonito, pero qué tonto, el suponer que tal contienda como la guerra mundial era cosa capaz de ser tomada en épico, en caballeresco, en algo así como aquello de: «Al campo don Nuño voy, donde probaros espero»...

No, no es la guerra cosa de opereta o melodrama. Es algo más serio. Tan serio, que nos espanta ver todavía hombres de la autoridad de un Lugones participando de la superstición popular e infantil que la supone nacida de la maldad de Juan o de Pedro, como cualquier lance de cinematógrafo, cuando cuesta tan poco esfuerzo mental hoy día descubrirle su origen eterno, que no es otro (enseñemos a los que no saben, o a los que fingen no saber, que es peor), que la rivalidad comercial, que conduce a los formidables y ruinosos armamentos, los que a su vez producen la guerra tan fatalmente como el pantano los miasmas. No fué el kaiser el que hizo posible la guerra; fué la guerra, el estado de guerra perenne, de vil y estúpida piratería internacional en que vivimos, el que hizo posible al kaiser, y el que mantiene en pie todavía cien contiendas armadas aquí y allá.

Pero... no tiene desperdicio este ilustre señor

Lugones. Una vez desatado el raudal de su elocuencia, no se conformó con desfogarse contra Alemania, sino que saltó a Rusia y la emprendió contra los comunistas, que por lo visto han llegado a ser su pesadilla. Después de repetirnos su anodino chistecito de que el *socialismo es un invento alemán* (y como tal debe ser mirado como cosa de Satanás), se nos descuelga con afirmaciones tan peregrinas como éstas: «No hay diferencia entre el brutal despotismo del régimen zarista y el de los maximalistas; tampoco hay diferencia entre los socialistas amarillos de Alemania y los comunistas rusos; fue una gran inmoralidad de parte de éstos el haber firmado el Tratado de Brest-Litowsk». ¿Qué les parece a ustedes de estas salidas? ¿Verdad que no merecen una réplica en serio? Pobre, desventurado régimen capitalista, cuyos defensores, aún los más conspicuos, no cuentan con cosa mejor para hacer frente al formidable empuje de las mentes de primer orden que se llaman Lenin y Trotzky y France y Rolland y Shaw, que estas insulsas, que estas infelices majaderías de colegial.

¡Oh, el Tratado de Brest-Litowsk! ¡Cómo les habría encantado a los vampiros del capitalismo que Lenin hubiese adoptado, en aquella tremenda jornada que iba a decidir los destinos de la revolución, el airecito, gentilmente heroico, de un tenor de ópera y, en lugar de su genial resolución de pasar por todo para salvar la causa, se hubiera erguido, con el gesto romántico que le gusta al señor Lugones, para echarlo todo a perder a cambio del gustazo de un efecto teatral de fin de acto! No. Lenin es algo más que un romántico vulgar de los que todavía conculgan con el embeleco cursi del fatuo honor caballeresco. Y si todavía hay en el mundo una bandera roja, representativa de un sublime ideal de frater-

nidad universal, frente a las otras enseñas que tremolan los enamorados del régimen antropófago de la piratería privada e internacional, si todavía flota una esperanza sobre el infierno de miseria y dolor de este momento, es, precisamente, porque allá en la célebre jornada de Brest-Litowsk tuvimos un Lenin pensador y realista y no declamador, no gallardeador, no de los que lo creen resuelto todo con sólo echarse atrás, inflar el pecho, enderezar el cuerpo y gritar con acento estridente de gallo de pelea: «Al campo don Nuño voy, donde probaros espero, que si vos sois caballero, caballero también soy».

NEMESIO CANALES



DEL AMBIENTE

ENTRE LOS MIOS

Un estimable compañero de ideas que cuida afectuosamente mi reputación revolucionaria como podría una madre cuidar la honra de su hija, me aconsejó la primera vez que volví a ocupar la tribuna en Buenos Aires: «Tenga cuidado con lo que usted dice, porque su prestigio puede venirse abajo». Comprendo que era una advertencia sincera y oportuna. Pero a la vez he comprendido que la conciencia de este buen compañero era el espejo donde se refle-

jaba el estado de ánimo colectivo que prevalece hoy en nuestro campo revolucionario. Esta revolución mundial del proletariado iniciada en Rusia, ha tenido en la civilización actual el formidable efecto de un cataclismo sísmico. Ha creado el caos en el orden burgués y en el alma de las masas revolucionarias. Todos sabemos que este caos ha de parir una estrella: la Revolución Universal. Pero también sabemos que es a nuestra inteligencia y nuestra vo-

luntad, es decir, a nuestro pensamiento depurado de las inmundicias del régimen que muere y a nuestro corazón fortalecido por el amor inquebrantable de la justicia, a quienes está librada la tarea de parir la más grande Revolución de los siglos.

Tener clara conciencia del papel que nos toca jugar no ya como platónicos contempladores de la Historia, sino como protagonistas auténticos de la Historia — no importa que seamos gigantes o pigmeos — es comprender todo el alcance de nuestra responsabilidad al tomar partido por la causa, de la Revolución. Hasta ayer los hombres de prédica libertaria en Sud América — no hemos sido otra cosa que *literatos* de la Revolución Social. Iniciada ésta en el mundo con la República Comunista de Rusia, nos toca a los que hemos sido sinceros en la prédica transformarnos ahora en soldados para la acción.

Ha pasado la época del diletantismo en que toda la propaganda se hacía a base de retórica más que de sustanciales ideologías. Esta no es la hora de discutir menudos asuntos de capillas filosóficas ni de hacer frases huecas, mientras más huecas, más sonoras, en la tribuna. Esta es la hora solemne de reflexión y decisión suprema de las conciencias. Ante ella a todos nos toca ser igualmente humildes, declarándonos discípulos de la lección objetiva que nos está ofreciendo la Historia con sus actuales acontecimientos.

Y a todos nos toca tener esa clase de valor que no cultivan los *héroes* y que tampoco suelen cultivar los titulados revolucionarios: el valor de nuestra verdad, aún cuando ella choque a nuestros camaradas. Hombres valientes, capaces de jugarse la vida, tenemos, en efecto, en nuestro campo. Pero al mismo tiempo nos hacen falta los espíritus fuertes a fuer de bondadosos y serenos que como Gorky, frente a las crueldades inútiles de la Revolución Rusa, le den la voz de alto a nuestra conciencia cada vez que el extravío de las pasiones o el desborde de los ancestralismos criminales nos lleven a deshonorar con hechos vandálicos los fines humanitarios de la Revolución.

Al consagrarme de lleno al periodismo de ideas, a este periodismo que si bien es verdad que pocas veces da el pan para vivir, produce en cambio, muy a menudo, como único laurel la persecución de los amos y la diatriba de los esclavos, lo hago con una espléndida serenidad de ánimo, proveniente tal vez, de que me creo curado del afán de preeminencia que tanto afiebra a los caudillos del campo político o apolítico.

No aspiro a ser *lider*, sino simplemente un soldado rojo del gran ejército comunista.

¿Para qué quiero yo, para qué me sirve a mí un prestigio de vidrio, tan frágil que al menor arresto de sinceridad caiga hecho pedazos? Me explico que viva haciendo prodigios de equilibrio el mentido revolucionario de fabricación burguesa, que cultiva un *valor electoral*, sujeto al sube o baja como en los juegos de Bolsa, según explote o hiera los prejuicios y las pasiones de su rebaño? Pero los que cul-

tivamos los valores intrínsecos e intransferibles de la sinceridad, poco debemos preocuparnos de averiguar el efecto de nuestro pensamiento. No es un *hombre libre* el que no se atreve a emitir franca, abierta, lealmente sus ideas. Yo no digo que no convenga usar el tartuflismo como arma defensiva y ofensiva de combate en ambientes donde la falsedad y la astucia son el alma mater de la sociedad. Lo que afirmo es que el revolucionario de verdad, es aquel que se dispara en su pensamiento a manera de un proyectil, rectilíneo como el rayo de luz, aún a trueque de ir a parar a la cárcel o el patíbulo, o lo que es más cruel todavía, a la obtusidad hecha injuria de sus propios hermanos en cuyas manos vemos también nosotros «los emancipados», blandir la bíblica quijada de burro con que Caín mató a Abel.

No podemos negar que estamos aleccionados en la escuela de ferocidad del capitalismo y que al canibalismo burgués le oponemos el canibalismo proletario.

Pero es deber nuestro humanizar a todos los hombres que han de hacer la Revolución, para que ésta no resulte una simple sublevación de esclavos tan hambrientos de la libertad, que se devoren a la libertad misma, como dijera Gorky. Cuanto mayor sea el grado de conciencia de las masas trabajadoras, tanto más alto será el nivel de su moral revolucionaria, y por consiguiente, tanto mayor su capacidad para construir el nuevo andamiaje de las instituciones libres en la futura sociedad del trabajo. Por eso, lo único que nos debe hacer temblar por la suerte de la Revolución proletaria, es el estado de barbarie de las multitudes. Aquí en la Argentina, es el lugar de la América española donde más alto nivel tiene la cultura proletaria, tanto es así, que en materia político-económica ella representa el más alto exponente de modernidad entre todas las clases sociales del país. Fácil sería demostrarlo con sólo mencionar la literatura sociológica, universidades populares y centros de cultura obrera que ella ha creado en oposición a los productos adocenados de academia de que rutinariamente se alimenta todavía la ponderada cultura argentina. Pero con todo esto no queremos decir que la cultura proletaria sea envidiable. Si se tiene en cuenta de que todo se lo debe a sí misma por el entrenamiento de su lucha de clase, sí, es sorprendente, pues ha hecho por su *auto-educación* lo que es incapaz la educación oficial de hacer ni siquiera por la infancia en edad escolar para la cual son insuficientes además de malas, las escuelas públicas del Estado. Pero si se compara a nuestro proletariado con el de cualquiera de los países civilizados, entonces vemos las enormes lagunas que quedan por llenar y la gran obra educadora que resta por hacer.

Es en contribución de esta bella, grande y fructífera obra, que iniciamos bajo el epígrafe con que va encabezado este artículo, una serie de reflexiones críticas acerca de las cualidades negativas o creadoras que poseemos o nos hacen falta en nuestro campo revolucionario.

JULIO R. BARCOS.



TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES

UNA INTERVIEW CON ANATOLE FRANCE

George Slocombe, un corresponsal del «Daily Herald», celebró recientemente una interview con el más grande de los intelectuales franceses: Anatole France. He aquí lo que nos dice el corresponsal.

—Durante sus largos años ha saboreado siempre la vida con refinado goce, este gran ironista de nuestra época: delicadamente, y siempre con aquella oculta pero afable sonrisa que se diría sugerida por alguna broma, medio adivinada, del Hado. Y ahora, cuando ya los años pesan sobre él, todavía contempla la vida con sus claros y certeros ojos, como un viejo



ANATOLE FRANCE

La más alta cumbre intelectual de Francia

catador de vinos que levanta su vaso por sobre la mesa para mirar la luz a través del vidrio. Es un gran tema para un gran pintor de retratos, como todas las caras de los hombres nobles en su edad avanzada, con sus ojos hondos y su frente alta llena de una sabiduría casi oriental en su diafanidad, anchos hombros un poco doblados por el estudio y la barba de plata relumbrando junto a la lámpara.

Hablé con Anatole France en un gran hotel que se alza orgulloso en una colina frente al continente africano, adivinado más allá del azul Mediterráneo.

EL MILITARISMO FRANCES

«Estoy ya muy viejo y vivo lejos de muchas cosas» — comenzó diciéndome el más grande de los intelectuales que militan bajo la bandera comunista internacional. «Pero desde mi retiro miro hacia el mundo, y lo que veo es muy negro. El capitalismo

ha surgido de la guerra más fuerte que nunca. El militarismo ha crecido en vez de debilitarse. En mi propio país hasta las masas populares son hoy las más militaristas del mundo. La guerra y el espíritu de la guerra están ahora en su sangre y uno ve los resultados tremendos en la política exterior de nuestro gobierno, en las misiones y alianzas militares, en las actividades secretas de nuestros agentes en los países extranjeros, en la ayuda constante a los pueblos y aliados más belicosos.

«Parece que la actual crisis financiera y el ejército de desocupados son más artificiales que naturales. Quizás no sean más que otra maniobra del capitalismo para fortificarse, para fatigar y destruir a sus enemigos, para remachar las cadenas de los trabajadores y explotarlos con mayor seguridad. La desocupación, según es fácil ver, no está perjudicando al rico, que vive seguro y cómodo de los inmensos beneficios acumulados durante la guerra. Pero es una arma formidable contra el pobre, para humillarlo en el polvo, para desesperarlo hasta conducirlo a las revueltas prematuras: son planes de combate y destrucción que han sido ya cuidadosamente madurados».

FALTA DE PREPARACION

Ante este tremendo enemigo, los partidos socialistas del mundo, piensa Anatole France, se encontraron calamitosamente desprevenidos. Nuevas armas eran necesarias en esta batalla tan desigual, pero las tácticas familiares de los antiguos partidos obreros y socialistas, con su valiente pero futil parlamentarismo, sus revoluciones y sus protestas, era cosa gastada y arcaica.

«El viejo partido socialista francés fué muerto por la guerra» — exclamó él con un amplio ademán de sus manos. — «Y el Congreso de Tours no hizo más que enterrarlo. Yo lo siento por León Blum y Longuet y mis otros amigos de entre los disidentes de la derecha, quienes seguirán sosteniendo una bizarra pero inútil batalla por su independencia, pero al fin se verán inevitablemente absorbidos por los socialistas republicanos de la cámara en un *bloque de izquierdas*».

«Las persecuciones actuales contra los comunistas no me parecen una campaña muy seria del gobierno contra los elementos revolucionarios del país. Estas persecuciones han sido probablemente planeadas como un halago a las derechas de la cámara, sin cuyo apoyo el gobierno se hubiera visto apurado para desarrollar su política exterior. La verdadera batalla vendrá luego.

«Aunque el nuevo partido comunista de Francia no es decididamente antiparlamentario, y hasta considera la acción parlamentaria como útil dentro de ciertos límites, yo no puedo menos de creer que he-

LOS FRUTOS DE LA VICTORIA

Y la voz serena, con su velada onda de reproches, continuó dibujando grandes frases sobre el sutil idioma francés, como un escultor que cincelara una piedra... «Estamos gobernados hoy por una innumerable legión de hombres de los que hicieron dinero con la guerra». «Los militaristas y los reaccionarios se volverán más y más arrogantes, más y más insensatos en su militarismo y su reacción, hasta que llegue el momento de que los frutos de la victoria les amarguen la boca. La voz de los millones muertos durante la guerra calla y no hay una lengua, salvo la de los comunistas, que hable por ellos».

Pero hay esperanza aún, y una luz brilla en el alma ardiente de los hombres. Anatole France vuelve sus viejos, pero todavía ávidos ojos, hacia el Oriente, de donde viene la salvación. «Parecía no haber redención posible para el pueblo ruso durante la negra noche del zarismo. Una revolución, una revolución victoriosa, parecía imposible. Pero Rusia es un país donde las cosas imposibles acontecen, y los bolsheviques la realizaron. Todos los frutos de la Revolución de Rusia imagino que no podrán conquistarse mientras no ocurra una revolución mundial, pero al menos, ella es el comienzo del reinado del comunismo en el mundo».

EL NUEVO RENACIMIENTO

por Tom Quelch

(De «The Call Magazine»)

En Petrogrado y Moscú los escaparates están vacíos, las calles están desiertas, un aire de desolación y de ruina parece esparcirse sobre aquellos edificios que bajo el antiguo régimen aparecían profusa y elegantemente amueblados, deslumbradores de letreros dorados y de anuncios luminosos. No existe ya el rumor de colmena de los negocios en los que un tiempo fué el *rendez vous* de los ricos.

La procesión de mujeres a la moda no desfila ya entrando y saliendo de las lujosas tiendas con rumor de abejas y alateos de mariposas. Las residencias de la aristocracia, de los opulentos, aparecen desiertas, ajadas, con los dorados y las pinturas deteriorados, simulando vejez de prostitutas lujosas venidas a menos. Sólo los grandes hoteles, que ahora son casas de los soviets, y los teatros conservan su apariencia de otros tiempos.

A causa de este ruinoso aspecto exterior, y porque ya no hay en Rusia aquella refulgencia, aquella fanfarria y esplendor antiguos, que reanimaba los estragados apetitos de los nobles y capitalistas, observadores superficiales han hablado de Rusia como de una completa debacle, como de un montón de cenizas. En algunos casos ellos vinieron sólo a ver las ruinas y a escribir sobre ellas; en otros casos eran de una clase acostumbrada a los medios ricos y poco hecha a la vida de los pobres, y así cuanto veían les parecía muerto o en descomposición. Ellos no llevaban adelante sus observaciones y si lo hacían era sólo para caricaturizar a los comunistas.

Ellos no pudieron percibir el hábito del nuevo espíritu que como un soplo de fuego pasa sobre las ruinas del viejo orden. Ellos no pudieron ver ni oír el nuevo nacimiento de las cosas. Ellos no pudieron penetrarse del sentido de aquella ardiente y recóndita médula, de aquella incandescente alma de la Rusia proletaria que arde en una llama de una pasión revolucionaria y de una idea universal. A ellos les bastaba remover los escombros y describir muertes y desastres. No poseían la necesaria simpatía humana para darse cuenta de que en Rusia ha tenido lugar un alumbramiento glorioso y que una nueva vida, un maravilloso renacimiento, se alza como un fénix del polvo del zarismo.

En Rusia hoy las relaciones domésticas y sociales entre hombres y mujeres están cambiando rápidamente. Nuevas formas de expresión y de esfuerzo comunal están reemplazando a los viejos, anárquicos, caóticos y ridículos métodos de vida y acción.

Algunas veces, algún sábado, hemos oído las legiones de hombres y mujeres que marchaban cantando por las calles de Moscú, dirigiéndose a los sitios escogidos para desempeñar sus faenas voluntarias en pro de la comunidad. Esto es algo nuevo. En ningún otro país del mundo, brigadas de trabajadores salen por su propio acuerdo a trabajar por el bien común.

En la Rusia de hoy existe un inmenso número de hombres y mujeres llenos de entusiasmo y de energía — los comunistas — trabajando, predicando, y

haciendo propaganda incesante, en defensa del sistema reinante. Esto es algo nuevo. En los países capitalistas la misma clase de hombres y mujeres, poseídos de la misma visión y el mismo temperamento, trabajan, predicán y se agitan contra el sistema social reinante.

La sociedad capitalista es esencialmente individualista. La clase capitalista, aunque unida por lazos comunes de intereses comunes y saqueo común, no está poseída de ningún deseo o pasión social. Cada capitalista persigue su exclusivo interés individual... a menudo con resultados desastrosos para sus hermanos capitalistas.

Lo que es más notable en Rusia, es el descubrimiento de talentos y de genios. Hay obreros en Petrogrado que se han convertido en capitanes de ejércitos. Hay hombres que antes de la Revolución eran



Esta es, compañeros, la verdadera senda de salvación.

obreros de taller o dependientes doblados sobre el Libro Mayor y ahora son administradores idóneos de inmensas provincias. Hay cocineros que se han vuelto profesores; proletarios que se han vuelto catedráticos, maquinistas que han desarrollado un verdadero genio para los inventos. Campesinos hay que dan conferencias sobre Economía Política, artesanos sobre Arte, obreros de taller que hacen poesía y muchachas y jóvenes de fábrica que se reúnen para componer y reproducir dramas comunales. El trabajador Ulintsoff inventa un nuevo acumulador eléctrico de aire; Conrado Makonin inventa un nuevo sistema de locomoción eléctrica. Y así los inventos se multiplican por todas partes, algunos producidos por profesionales y otros por trabajadores que han aprendido que ahora el valor de sus obras será justipreciado.

Y lo que pasa en el reino de la invención, ocurre en la ciencia política y en la sociología. Es evidente que en fuerza, claridad y poder creador el trabajo de ningún grupo de hombres puede compararse con el realizado por los líderes del pueblo ruso: Lenin, Trotsky, Zinoviev, Lunatcharsky, Bucharin, Radeck, Pavlovitch, Tomsky y otros. La vieja Rusia está ciertamente muerta, pero la nueva Rusia es como un vasto jardín donde las flores de una nueva vida se están ahora mostrando, espléndidamente lozanas,

sobre la negra tierra aún cargada de los detritus y de los escombros de los ídolos rotos del pasado. Los hombres y las mujeres se tratan entre sí de un modo diferente. No se concibe ya a una mujer que ha contraído matrimonio como la propiedad de su esposo. Las mujeres son económicamente independientes del hombre, quedando así libres de su servidumbre bajo el otro sexo. Los niños también están gozando de un lugar diferente y más importante en el plan general de las cosas. En ningún país del mundo se concede tanta atención al cuidado y desarrollo de los niños como en Rusia. Todo el pueblo se asoma ahora a horizontes nuevos y luminosos. La psicología de las masas, la visión total de la vida, ha experimentado un cambio favorable. Hasta el habla de los aldeanos hoy, — según hizo notar Bucharin en un artículo reciente, — es enteramente distinta de la que usaban los aldeanos del período pre-revolucionario. La educación pública difundida hasta la masa ha hecho del lenguaje popular un lenguaje literario. Nuevas formas de asociación surgen. Rusia es el único país en que se haya hecho uso jamás de los Ejércitos del Trabajo. En todas las fábricas hay clubs y sociedades culturales. Hasta en los deportes, especialmente en foot-ball y boxeo, — liberados como han sido de la repugnante corrupción que los infecta en los países capitalistas, — los rusos pueden igualarse y aún superar a los naturales de otras naciones.

Una camaradería humana más honda y más noble está surgiendo. Leemos a menudo acerca de los soldados descalzos del Ejército Rojo que han ido a arar la tierra para los labriegos, a reparar sus herramientas agrícolas, a construir escuelas y a organizar fiestas para niños. En los centenares de colonias infantiles, la vida toda de los niños está imbuida del amoroso espíritu del comunismo. Todo es poseído en común. Los muchachos y las muchachas viven juntos como una inmensa y feliz familia. Si un muchacho posee dos pares de zapatos, le da un par a su compañero menos afortunado. En una colonia de Moscú, en respuesta a la pregunta irónica de uno de los padres acerca de lo que iba a hacer cuando sus zapatos se rompieran, el hijo exclamó: «Mis compañeros tienen más».

Los rasgos típicos de la nueva vida son la ayuda mutua y la genuina hermandad. Sólo en Rusia existen letreros eléctricos que envían desde los altos techos de las casas este bello mensaje: «Los niños son las flores de la vida». «Los niños son la esperanza del mundo». «El comunismo es para los niños», y otros semejantes.

Una nueva moral, un nuevo código de principios éticos se está elaborando día tras día. Hay mucha escoria mezclada al oro de la vida. Las rosas tienen espinas y las fuentes de plata tienen lodo; todas las cosas tienen un lado sombrío y sórdido. ¿No fue Jeremías Bentham quien dijo que sin dolor no habría placer y que sin lo negro no veríamos lo blanco? Mucho de verdad hay en ello. Pero hasta aquí la humanidad se ha inclinado demasiado del lado del dolor y ha experimentado demasiado poco el placer. La especie humana ha conocido demasiado de los abismos y poco de las alturas. El capitalismo con sus Calibanes de la pobreza y de la guerra

y los monstruos menores del vicio y de la avaricia ha enlodado la bella carne y ha mancillado las almas de los hombres con toda clase de abominaciones sin nombre. Lo limpiamente humano ha tenido poca oportunidad de expresión. Lo bello ha tenido que crecer sobre un montón de basuras. La alegría de la vida le ha sido robada a las masas. El comunismo lavará la psicología humana de sus escorias, del mismo modo que está limpiando de suciedad y de pestes el muerto sistema social. El comunismo proveerá de ocasiones para la más libre y más au-

daz función de este raro complejo que se llama la naturaleza humana. El comunismo con su profunda educación popular, su nuevo engranaje comunal, sus más hondas concepciones de compañerismo, relaciones de los sexos, tratamiento de los niños y la económica emancipación de todos, abrirá las puertas al diluvio de una inmensa y hondísima cultura, tal como la raza humana no ha visto jamás. Los comienzos en Rusia son como el minúsculo embrión de esa bella alma humana que gesta el futuro.

Figuras del proscenio

BRIAND: RENEGADO, ROMPEHUELGAS Y PREMIER DE FRANCIA

Se dice que desde que Gambetta realizó su vuelo en globo ha habido más de cincuenta cambios de gabinete en Francia. Por lo tanto, es preciso darse prisa al hablar de Briand, segundo Premier desde la subida de Millerand a la presidencia.

Desde luego que no es nada nuevo ver a Briand desempeñando el papel de Premier, ni tampoco debe sorprender que haya sido llamado cuando Francia se encuentra encallada. Aristides Briand tiene habilidad.

Por ejemplo, le fué fácil convertirse de partidario ardiente de la violencia revolucionaria en un reaccionario, cuyas declaraciones han venido, desde 1905 para acá, revistiendo el color y el tono de nuestros ilustres Elihu Root, Palmer o Burleson.

Aristides tiene habilidad. En Octubre de 1910, rompió una huelga ferroviaria que conmovió a Francia (y a los turistas americanos que viajan por Europa), apelando al original sistema de forzar, o tratar de forzar a los huelguistas a ingresar en el servicio militar y encarcelando además a sus líderes. Fué él también, quien logró separar a la iglesia romana del Estado francés, y luego ayudó para que se efectuase una conciliación. Supo también arrestar a sus antiguos camaradas, arrojarlos a la cárcel y denunciarlos luego como enemigos de la sociedad. Aunque muy contra su gusto — y de esto no hay duda, — el presidente Millerand, antiguo socialista, confió a Briand la formación del gabinete cuando Leygues no podía ya con la carga.

La caída de Leygues es evidente que se debió a que no se mostró dispuesto a amenazar e intimidar a Alemania hasta hacerla capitular.

Se llamó a Briand para que blandiese el garrote contra Alemania. Las primeras manifestaciones que hizo no fueron muy del agrado de la prensa, porque no parecieron suficientemente fuertes. Y algunos periódicos de los sedientos de sangre se enojaron y gruñeron un poco. Briand respondió y poco después salió el ex presidente Poincaré manifestándose indignado de que se pusiera en tela de jui-

cio la rigidez de acero de Briand. Ahora será interesante especular acerca de cómo Briand maneja cuestiones tales como el soviétismo, la inestabilidad económica y quizás la Revolución... ¡Quién sabe!

En cuanto a la biografía del hombre, me limitaré exclusivamente al dato de su nacimiento. Briand nació en Nantes en el año 1863. Hoy tiene 58 años de edad.

Es curioso el proceso del socialismo en Francia. Se necesitaría un psico-analista para descifrar sus numerosas anomalías. Por ejemplo, en 1899, y aún antes, Juan Jaurés era el líder de la idea socialista en Francia. En 1914 fué asesinado por su resuelta oposición al inminente cataclismo de la guerra, y ahora en París, en el corazón del distrito de la clase obrera, existe una larga calle llamada «Avenida Jean Jaurés» y una estación de tranvía subterráneo con el mismo nombre. Julio Guesde, al comienzo del siglo, atacó al triunvirato de reformadores sociales, compuesto entonces de Millerand, Briand y Viviani, a propósito de la doctrina marxista, y el desenlace fué el gabinete de guerra de Briand en el 1914. Gustavo Hervé, que fué encarcelado por Briand en 1910, antes de la huelga ferroviaria, por sus vigorosos ataques al gobierno desde su periódico «La guerre sociale», olvidó su pacifismo en 1914, se unió a Briand, y hoy, con su periódico cambiado de nombre — ahora lleva el eufemístico y deliciosamente vago de «La Victoire», — entretiene públicos numerosos con sus charlas acerca de política. Fué en 1899 que Briand comenzó definitivamente a desplegar los rasgos mentales de un burgués genuino, aunque en fecha tan avanzada como 1900 todavía enseñaba la eficacia de la violencia en las disputas industriales. Quizás, cuando se separó gradualmente de las doctrinas marxistas, su predilección por la violencia revolucionaria se convirtió en una neurosis, ya que fué con medidas de represión violentísimas que puso fin a la huelga de los ferroviarios franceses. En el año 1899 le dió todo su apoyo a Millerand, quien era entonces objeto de encar-

nizados ataques por haber aceptado una cartera en el gabinete Waldeck Rousseau. A despecho de las protestas de la fracción Guesde-Sembarat contra toda clase de colaboración con un gobierno burgués, el partido conocido entonces como la «Federación Francesa de los Trabajadores Socialistas», defendió la actitud de Millerand. Esto resultó en la retirada de Guesde en 1901 y en la formación del Partido Socialista de Francia que fundó Jean Jaurés. La Internacional Socialista de Amsterdam del año 1904, en su manifiesto en favor de la unidad dentro de las filas socialistas, reivindicó al marxismo. Jaurés aceptó la decisión de la Internacional y abrió el camino para la formación del «Partido Socialista Unificado», que surgió en 1905.

Briand, juntamente con Viviani y Millerand, se mostró indignado con la decisión de la Internacional en que ésta se adhería al concepto de la lucha de clases, y su indignación estalló cuando Millerand fué expulsado del partido por violar sus reglas. Y en 1910, el grupo «Socialista Republicano» vino a la arena reformado completamente en materia de doctrina. Repudió el concepto de la lucha de clases, manifestó una fe implícita en el nacionalismo, y se declaró contra las tácticas revolucionarias. Líderes de este movimiento fueron Viviani, Millerand y Briand.

¿Cómo hablaremos ahora del Briand rompe-huelgas? En este oficio resultó de una eficiencia singular. Testigo de ello, la huelga ferroviaria de 1910, rota en ocho días. Los huelguistas querían un peso por día en lugar de 60 centavos. Durante ocho días miles de hombres pelearon, miles de hombres fueron atropellados y obligados a volver al trabajo, y se proclamó a Briand como a un campeón bizarro del orden establecido. ¿Quién podrá pintar el color de aquel suceso esporádico que, a despecho de la brevedad de su duración, se destacó grandemente entre los acontecimientos sensacionales del año 1910? España estaba en ebullición. Portugal depuso a su rey Manuel. Los trabajadores de todo el mundo solemnizaban el primer aniversario del asesinato de Francisco Ferrer, el anarquista y educador español, y todos los poderosos temblaban ante el rumor creciente de los votos de venganza por su martirologio.

La huelga comenzó en Octubre 10, y tres días después, trescientos mil trabajadores ferroviarios salían de sus faenas. Briand lanza entonces un decreto llamando a los huelguistas a incorporarse a la reserva. Muchos se negaron y fueron considerados como desertores. La tropa se encontró en el distrito de la huelga y los líderes fueron puestos en la cárcel. Los huelguistas protestaron del decreto Briand y continuaron obstruyendo el tráfico. Alegaban que no se podía llamar a las reservas sino cuando esto fuera necesario para el traslado de tropas y vituallas. Puesto que este no era el caso, ellos declararon que se negaban a incorporarse a las filas. El día 12 de Octubre, vino a luz la siguiente declaración expedida por el señor Aristides Briand, Premier de Francia:

«El gobierno francés se encuentra no ante una huelga, sino ante una insurrección criminal. Yo advertí a los líderes que tuvieran cuidado, pero mi amo-

nestación fué desoída. Tanto peor para los líderes».

Aunque se arrestó a los directores de la huelga, Briand desistió de procesarlos por «conspirar contra la seguridad interna del Estado». Creyó que esto daría lugar a complicaciones y expidió órdenes de arresto comunes en que se acusaba a los directores de obstruir el tráfico ferroviario.

El día 18, seis directores de los ferroviarios fueron arrestados en las oficinas del diario socialista «Humanité». Hasta el último instante Jean Jaurés, diez y seis diputados socialistas y cinco líderes obreros hicieron frente a 800 gendarmes que vinieron a arrestar a aquél. El sexto director de la huelga, Mr. Toffin, en el momento de ser prendido, ocupaba precisamente la silla y la mesa de redacción que usaba Aristides Briand cuando era miembro de la redacción, en aquel mismo cuarto que da a una de las calles más viejas de París, donde había abogado tantas veces por la *huelga general*.

Sólo el 30 por ciento de los huelguistas eran miembros del sindicato y sin embargo, todos habían respondido al llamamiento de huelga.

El lugar que dejaron vacante los líderes prendidos fué ocupado por un segundo comité de huelga. Pero éste no mostró mucha energía. Por orden de dicho comité el trabajo se reanuda en todas las líneas en Octubre 18. Antes de la huelga, Briand había logrado la condena de Gustavo Hervé a cuatro años de cárcel por sus ataques al gobierno desde el periódico «La Guerre Sociale».

¡Viva la Comuna!, cantaban los ferroviarios mientras volvían al trabajo.

Briand, en Octubre 25 fué a la cámara de diputados para vindicarse por su actuación al romper la huelga. Quedó vindicado, pero no sin que se le silbase estrepitosamente, ni sin que el diputado socialista Colly, que había sido también obrero ferroviario, le hiciese oír un discurso del mismo Briand en que diez años antes defendía los procedimientos de violencia.

En 1911, Briand cayó de su posición, por virtud de los esfuerzos de los «Socialistas unificados». A partir de entonces no desperdió ocasión de atacar ferozmente a los socialistas. En Diciembre de 1913, abogó por la ley militar de los tres años. En 1914 presidió un ministerio de guerra. En Enero de 1916 abogó por la censura «como un medio de asegurar la defensa nacional».

Briand es otra vez Premier. Existe el bolcheviquismo y otras cosas... En Francia hay necesidad de un hombre como él. Briand es un veterano en el oficio.

Ya sabéis lo que sucedió hace algunos meses, cuando Millerand sucedió a Deschanell. Puede que haya algo de razón en el hecho de que los obreros se resistan a tener líderes intelectuales. Millerand buscaba un Premier. Se aproximó a Briand, o más bien, Briand se aproximó a él. Briand reclamó que se le confirieran los poderes de que han disfrutado siempre los Premiers. Su viejo amigo se negó a dárselos. Briand se retiró atufado.

Vino Leygues, Salió Leygues. Volvió Briand. Hay depresión industrial; hay rumores de revueltas, de guerra; hay... ¡Briand!

Combinación aprovechable

Si usted nos envía, desde cualquier lugar de la República, \$ 4, le remitiremos por seis meses nuestra revista y además la reputada revista "INSURREXIT" que editan los estudiantes universitarios. Para el exterior, \$ 2.50 oro.



CEED

INDI